

leyes. Y, vamos á ver; ¿qué hemos encontrado léjos de este buen Padre?... Los remordimientos, la miseria del alma, la turbación de la conciencia, la esclavitud de las pasiones, ¡tal vez hasta la degradación, el escándalo y la vergüenza! ¡Pueda Dios, en su bondad infinita, habernos inspirado pensamientos saludables!... ¡Pueda la dulcísima Virgen María, con su poderosa intercesión, habernos alcanzado la gracia de que, después de haber imitado al pródigo en sus extravíos, tengamos igualmente el valor de imitarle en su conversión!

PROPOSICIÓN. — Esta noche empezaremos á hablar de su mudanza... En vista de su extremada miseria, entra en sí mismo y se dice : « ¡Cuántos mercenarios tienen pan en abundancia en casa de mi padre, é yo me muerdo aquí de hambre!... Me levantaré pues, iré á encontrar á mi padre y le diré : Padre mio, he pecado contra el cielo y contra vos, no soy digno ya de ser llamado hijo vuestro; tratadme solamente como á uno de vuestros jornaleros... » Estas palabras del Evangelio constituirán el asunto de esta Instrucción.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, reflexiones del Hijo pródigo; *en segundo lugar*, resolución que toma de volver á su padre : dos pensamientos sobre los cuales nos vamos á detener por algunos momentos.

Primera parte. — Reflexiones del Hijo pródigo. Ved ahí el primer rayo de luz que sobre él desciende... La casa paterna acude á su imaginación; repróchase el haber dejado al mejor de los padres; se representa las riquezas de su familia, en la cual todos, hasta los mercenarios, viven en la abundancia; le vienen á la memoria los trajes que él usaba, aquel sosiego, aquella paz en medio de la cual se deslizó su infancia... « ¡Tierno padre, exclama, vos cuyo corazón desgarré con mi partida, todavía veo vuestras lágrimas; me acuerdo de vuestra bondad, de vuestra tan cariñosa sonrisa! » A este recuerdo de los bienes de que gozaba se agregaba el sentimiento de los males que soportaba; porque ¡cuánto sufría!... ¡A cuán extremada miseria se encontraba reducido!... Extranjero, léjos de su familia, sin dinero, sin bienes, sin casa, sin recursos, obligado á servir á un amo bárbaro que le ocupaba, en una pobre casa de campo, en guardar los cerdos... Amo desapiadado en realidad, ¡á cuán vil empleo le has condenado!... No le das otra cosa

para alimentarse que las sobras de los cerdos; y con esto no tiene bastante aún para satisfacer su apetito...

Finalmente, sus harapos, su miseria presente, el pensamiento de su dicha pasada, el recuerdo del padre á quien afligió, todo contribuye á inspirarle una confusión útil, todo le conduce á saludables pensamientos. « Catahí pues, se dice aquel desventurado, catahí lo que he ganado con alejarme de mi padre, con abandonar mi país y mi familia... ¿Dónde estan aquellos goces que me había prometido? aquellos placeres que debía saborear? aquella independencia que debía ser mi patrimonio?... ¡Desgraciado de mí, todo se ha desvanecido!... ¡Ay de mí! ¿qué he encontrado con alejarme del mejor de los padres?... La tristeza, la miseria, la esclavitud, la degradación y la vergüenza... » Y abundantes lágrimas corrían por sus enflaquecidas mejillas...

Carísimos hermanos, habreis notado que, al hablar de esta concentración del Hijo pródigo, he dicho que era el primer rayo de luz que descendía sobre él.. Es que sólo Dios es el autor de todo buen pensamiento; es que, sin su gracia, ningún pecador, por hundido que esté en las profundidades del mal, podrá comprender su deplorable estado, ni mucho menos tener la idea de salir de él... Sí, Dios es quien nos busca, Dios es quien nos ilumina, Dios es quien nos inspira toda reflexión saludable. *El hombre jamás puede volver á Dios, si Dios no es el primero en alargarle la mano.* (1) Fijáos, sinó, en la frase de que se sirve el Evangelio al hablar de la conversión de san Pedro... *Volviéndose el Señor hácia Pedro, le miró* (2). ¿Porqué pues, oh dulce Salvador, volveros así hácia vuestro Apóstol?... Harto grande es su crimen, y bien pronto comprenderá su enormidad.... Nó, hermanos míos, el mismo san Pedro, apesar del amor que á su Maestro profesaba, no habría sentido eficazmente su falta sin la mirada de Jesús, es decir sin la gracia de Dios...

¡Y bien! durante estos dias de penitencia ¿acaso no hemos oído también nosotros, pobres pecadores, la voz de Dios hablando en el fondo de nuestros corazones? ¿Acaso no ha venido la mirada de Dios, sa-

(1) Job, XXXIV, 23

(2) Luc, XXII, 16.

liendo de ese tabernáculo para bendecirnos, no ha venido á posarse sobre nosotros?... Mirad, reflexionad bien y vereis que también á nosotros ha venido á iluminarnos sobre nuestro estado un primer rayo de luz... Y este rayo de luz ¿ qué nos ha hecho ver? La miseria presente de nuestra alma comparada con su pasada felicidad. ¡ Éramos tan dichosos en la casa de nuestro Padre, cuando le servíamos con fidelidad! nos era tan fácil el orar! era tan viva nuestra fé! La paz habitaba en nuestra conciencia, la seguridad de que estábamos en gracia de Dios derramaba sobre toda nuestra vida una alegría, un encanto celestiales... Por la noche, después de haber rezado fielmente nuestras oraciones, después de habernos encomendado á la Virgen Santísima, á nuestro Angel custodio y á nuestros santos patronos, nos dormíamos en brazos de la Providencia, sin temer una muerte repentina, sin miedo de despertarnos en el infierno...

Hoy, ¡ qué diferencia!.. Vamos á ver, no tratemos de aturdirnos; demos perfecta cuenta de nuestro estado presente : el rezar nos pesa, lo hacemos mal, tal vez lo hemos descuidado por completo; ya nada de sobrenatural hay en nuestra alma; en ella se ha extinguido la caridad, se ha oscurecido la fé. Tristeza, disgusto, fastidio, esto es lo que encontramos en el fondo de nuestro corazón, si lo queremos examinar... Nuestra conciencia, antes tan pura, ahora ni siquiera nos atrevemos á mirarla frente á frente... ¡ nos da miedo!... Temblamos al oír contar ciertas muertes trágicas, y cada vez que la campana deja oír su fúnebre tañido, ó que ruge el rayo en los aires, nosotros somos como los criminales que aguardan su sentencia... ¿ No es cierto, hermanos míos? ¿ No es éste el estado de una porción de pecadores de esos que han conservado un resto de fé?... ¡ Ah! Si vosotros no experimentais nada de esto, sois aún mucho más dignos de lástima... En este caso, Dios se habría cansado de hablaros... Os habría abandonado, como abandonó al médico á un cadáver, al cual no sabe cómo devolver la vida...

Mas nó, Dios ha derramado sobre vosotros un rayo de su divina luz, os la ha dado para iluminaros, para convertirnos. Estas reflexiones os las inspira á fin de que os aprovecheis de ellas.... ¡ En nombre del cielo, en nombre de vuestra eternidad, no las rechaceis! Sabed, como el Hijo pródigo, hacer de ellas un uso saludable; acordáos bien de que casi

siempre (yo lo he visto más de una vez con mis propios ojos) *una conversión diferida es una conversión perdida...*

Segunda parte. — Resolución del Hijo pródigo. Antes de hablaros, hermanos míos, de la enérgica resolución que el Hijo pródigo tomó de volver hácia su padre, quisiera justificar por medio de un ejemplo lo que acabo de deciros, esto es que una conversión diferida es casi siempre una conversión perdida... Vivía, hace cosa de treinta y cinco años, un célebre profesor llamado Jouffroi. Hijo de padres cristianos, había pasado su juventud en medio de todas las alegrías de la piedad... « Tranquilo, dice él, sobre el camino que debía seguir en este mundo, tranquilo sobre el término á que debía conducirme en el otro, conociendo los designios de Dios respecto á mí y amándole por la bondad de esos designios, era dichoso con esta dicha que da una fé viva y cierta en una religión que resuelve todas las grandes cuestiones que pueden interesar al hombre... Jamás olvidaré, prosigue, el instante en que me apercibí de que había perdido la fé, de que era incrédulo... En vano me cojí á restos de creencia, como se coje el náufrago á los restos de su buque... En el fondo de mí mismo nada quedaba ya en pié. ¡ Aquel momento fué terrible! Parecióme sentir como se extinguía mi primera vida tan risueña y tan piadosa, y abrirse detrás de mí otra, sombría y desierta, donde desde aquel instante iba á vivir solo, solo con mi pensamiento que acababa de desterrarme en ella, y que me daba tentaciones de maldecir. Los días que siguieron fueron los más tristes de mi vida... Decir los tormentos que les agitaron sería demasiado largo (1)... » ¡ Ah, hermanos míos, lo que agitaba á aquel orgulloso sábio era la gracia, era la voz de Dios, que le llamaba por última vez; no respondió á ella, y el desdichado murió poco tiempo después á la edad de cuarenta y seis años, sin haber vuelto á Dios.

No fué así el pobre Hijo pródigo. Apenas se concentró, apenas oyó el llamamiento de la gracia y hubo comprendido bien el triste estado á que sus pasiones le habían reducido, toma una resolución enérgica : « Me levantaré, dice, iré á encontrar á mi padre, y le confesaré todas

(1) V. Feller art. *Jouffroy*, ó mejor : *Mélanges philosophiques* de Jouffroy, editadas por Darimon.

mis culpas. Aun cuando deba tratarme solamente como á uno de sus criados, todavía seré demasiado feliz... ¡Sí, quiero ir á arrojarne á sus piés! » Y esta resolución, la ejecuta. ¿Porqué pues este cambio?.. Es que habiendo comprendido su abyección y su miseria, se humilla, conoce que tiene necesidad del perdón de su padre, y como la fidelidad en una gracia nos hace acreedores á otras nuevas, ved ahí que, á más del conocimiento de sus faltas que le humillan, comprende también la grandeza de la bondad de su padre, lo cual le inspira una tierna confianza y la seguridad de ser perdonado...

¿Y nosotros, hermanos míos, no vemos, no comprendemos nuestra miseria, esta servidumbre en que nos tienen las pasiones, estos malos hábitos que por tanto tiempo nos tienen alejados de Dios?... Una pregunta... ¿Nos hallamos en estado de gracia, sí ó nó?... Si os hallais en estado de gracia, indudablemente teneis aún alguna cosa que hacer para ser más justos; pero en tal caso no es á vosotros á quienes hablo en este momento.. Si por el contrario os hallais en estado de pecado mortal, tenedlo entendido, vuestra alma no es más que una ruína ante Dios y ante sus Angeles; os hallais en un estado todavía más deplorable que el del pobre Hijo pródigo cuando guardaba los cerdos...

¡Ah! os estoy oyendo... Lo que os tranquiliza es que no teneis que acusaros de faltas enormes ni escandalosas: es que, como á veces se dice, no teneis más que pecados de *persona decente*... ¿Pecados de persona decente?... Carísimos hermanos, no los conozco estos pecados... ¿Es decente el dependiente que roba á su amo, y no le quiere obedecer?... ¿Es decente el Cristiano que roba á Dios el día que él se reservó, y no quiere someterse á sus leyes?... Juez supremo, ¿trataréis un día como personas decentes, á esos cristianos avaros, duros con los pobres, y á esos otros que son rencorosos, vengativos, ó que saben disimular mañosamente sus injusticias?... Y vosotros, hombres sensuales, mujeres ó muchachas ligeras, padres que descuidais la educación de vuestros hijos, presentáos con confianza ante su temible tribunal, nada teneis que temer, no teneis más que pecados de persona decente... Aun cuando hubiese diez, quince años que hubieseis pisoteado los preceptos de la Iglesia, desdenando el cumplimiento del precepto pascual, violando de una manera escandalosa la abstinencia que la Iglesia prescribe... ¡Vaya! ¡apuesto á

que Dios se tendrá por muy contento con recibiros en su paraíso!... ¡Ya lo creo! No le sucede todos los días eso de recibir á semejantes pecadores: si no teneis más que pecados de persona decente... ¡Cuán funesto error, carísimos hermanos, ¿acaso no sabemos que un solo pecado mortal basta para condenarse?... ¿Ignoramos acaso que el infierno está lleno de esa especie de personas decentes?...

PERORACIÓN. — Para terminar quiero referiros, hermanos míos, la historia de un hombre muy decente, y que sin embargo se retuerce como los más grandes malvados en aquellas hogueras, entre las cuales gimen los réprobos. Para conocer esta historia no teneis más que volver una hoja del Evangelio; porque viene inmediatamente después de la parábola del Hijo pródigo... Vos, oh dulce Salvador Jesús, previsteis que muchos cristianos ignorantes dirían: « Yo no soy tan culpable como el Hijo pródigo; yo no tengo necesidad de hacer penitencia ». Y habeis querido enseñarles á donde conducían estos pecados de persona decente. Esta historia, es la del mal rico. (1)

Jesucristo no nos dice que ese rico hubiese sido un ladrón, ni un adúltero, ni un asesino: únicamente nos explica que llevaba en la tierra una vida mundana y sensual. La vista de los pobres le disgustaba; había en su puerta un mendigo cubierto de úlceras; y él volvía la cara hácia otro lado para no verle. Ved ahí todo lo que le reprocha el Evangelio... ¿Hay en esto tan gran mal?... ¿A cuántos de entre nosotros les desagrada encontrarse con los pobres, y vuelven la cara para no tener que darles limosna?... Id á decirles á estos que no son personas decentes... El hombre de quien hablamos era rico; le gustaban los festines, las buenas comidas; se divertía con sus amigos... Supongo que esto tampoco debe ser un mal tan grande... Y sin embargo, hermanos míos, cuando murió, su suerte fué muy diferente de la del pobre. Fué, dice Jesucristo, precipitado al infierno, mientras que los Angeles se llevaban el alma de Lázaro al seno de Abraham. Y desde el fondo de aquel abismo de sufrimientos, aquel hombre decente según el mundo, viendo la gloria del pobre á quien había despreciado, le pedía una gota de agua;

(1) Luc. xvi, 19 y siguientes.

« porque, decía, sufro cruelmente en estas llamas!... *Crucior in hac flamma.* » ; Y aquella gota de agua le fué negada!...

¿No comprendéis, hermanos míos muy amados, que esta vida mundana y puramente animal que tantos cristianos llevan, no les impide de tener gran necesidad de convertirse?... Sí, todos, hasta aquellos de entre nosotros que pretenden ser los mejores, debemos decir como el Hijo pródigo : « Me levantaré, iré á encontrar á mi Padre y le confesaré mis pecados... » ; Ojalá que todos nosotros podamos comprender, hermanos míos, esta necesidad y corresponder, durante esta santa cuarentena, á los designios que sobre la salvación de nuestras almas tiene el Padre tan bueno que en el cielo tenemos!... ; Así sea!

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

INSTRUCCION TERCERA.

TERCER MIÉRCOLES DE CUARESMA (*oración de la noche.*)

Necesidad del exámen de conciencia; qué condiciones ha de tener.

TEXTO. *Recogitabo tibi omnes annos meos...* Examinaré en vuestra presencia, oh Dios mio, la manera como he empleado los dias que me habeis concedido.

(ISAÍAS, XXXVIII, 15)

EXORDIO. — Esta noche, hermanos míos, empezaremos esta instrucción con una historia, ó si lo preferís, con una parábola. A un comerciante negligente le iban muy mal los negocios; tenía muchos acreedores; todos le perseguían, le amenazaban con llevarle á los tribunales, con hacerle declarar en quiebra... Arruinado por completo, no tenía recurso alguno para cubrir ni siquiera la más insignificante de sus deudas.

¡ Cuán triste era su posición!... Iba tal vez á abandonarse á la desesperación, cuando aconteció lo que os voy á referir. Un acaudalado banquero se interesa de repente por él, llama á su lado al desventurado comerciante y le dice : « Amigo mio, estoy enterado de su situación; ya sabe que no le necesito á V. para nada, únicamente la compasión me mueve á interesarme por su suerte. ¡ Pues bien! Quiero, por pura bondad de corazón, alejarle del abismo donde se halla, librarle de esa deshonrosa bancarrota que le amenaza... Vamos, pues; examine detenidamente sus libros; tome una nota exacta de todas las cantidades que debe, y después venga á verme : yo pagaré hasta la última de sus deudas.... »

Los sentimientos que experimentó el comerciante, su reconocimiento, es cosa que sería difícil explicar. Lleno de alegría, se vuelve á su casa; pero en vez de repasar sus libros, de depurar sus cuentas, de tomar una nota exacta de todos sus acreedores, se limita á pensar no más que en los dos ó tres que más vivamente le apremiaban y que le daban más tormento; olvídase de centenares de otros... Vuelve á encontrar al generoso banquero y le dice : « No veo más que dos ó tres personas á quienes debo : una cantidad tal bastará para liquidar mi situación y ponerme tranquilo. » Se le entrega la suma que pide. Pero desde el dia siguiente acude una multitud de acreedores de los que había olvidado, á reclamar lo que les debe y á perseguirle con insistencia. De modo que aquel comerciante, gracias á su negligencia y apesar de la generosidad de su bienhechor, se encuentra en un estado peor tal vez que antes.

PROPOSICIÓN. — Hermanos míos muy amados, mi intento es aplicar esta parábola, demostrándoos la necesidad del exámen de conciencia, para que Nuestro Señor Jesucristo nos perdone todos nuestros pecados, y para que el sacramento de la Penitencia produzca en nosotros todos sus efectos, cuando tengamos la dicha de recibirlo.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, necesidad del exámen de conciencia antes de la confesión; *en segundo lugar*, condiciones que debe tener este exámen : dos pensamientos en los cuales vamos á fijar nuestra atención.

Primera parte. — Necesidad del exámen de conciencia. Realmente,